



LA ESPERANZA DE LOS POBRES EN AMERICA LATINA

Jon Sobrino

Al hablar de la esperanza de los pobres en América Latina me voy a reducir a la esperanza que tienen los pobres en países como El Salvador y Guatemala. Hago esto por la evidente razón de que es lo que mejor conozco, y porque ese conocimiento directo me parece, al menos cristianamente, necesario para hablar de la pobreza y, sobre todo, de la esperanza.

Esta reducción metodológica tiene sus desventajas para este congreso, pues la pobreza y esperanza que voy a describir y sobre las que voy a reflexionar son distintas a las existentes en España y en el primer mundo en general; más aún, incluso en América Latina suponen ahora un caso límite. Pero tiene también sus ventajas, pues aunque voy a presentar situaciones limitadas y límite, éstas se asemejan más a lo que ocurre en una gran parte de la humanidad actual; y, según entiendo, también esta dimensión universal de la pobreza y de la esperanza se quiere tener explícitamente presente en este congreso.

Quisiera hablar de la esperanza de los pobres en América Latina de forma teológica, pero a partir de su realización. No se trata por lo tanto de partir de conceptos filosóficos, bíblicos o teológicos, aunque éstos sean sin duda necesarios para presentar la realidad de forma reflexionada y en el caso de la reflexión teológica, además, para obtener algún criterio de lo que

Ponencia presentada en el **II Congreso de "Teología y Pobreza"**, que tuvo lugar en Madrid, España, en Septiembre de 1982.

se entiende cristianamente por pobreza y esperanza. Se trata de partir de la realidad, lo cual si es importante en el caso de la pobreza para que su trágica radicalidad no desaparezca tras el concepto, más importante es en el caso de la esperanza, verdadero milagro, cuya existencia y contenidos nada evidentes sólo pueden ser constatados a posteriori con asombro y agradecimiento. Quisiera por lo tanto, hacer un poco de "teología narrativa" reflexionada. La realidad tal como acaece es por supuesto condición de posibilidad de que esa teología sea narrativa; pero más de fondo es también condición de posibilidad de que sea simplemente teología, si es que se toma absolutamente en serio que Dios se sigue manifestando continuada y actualmente en eso que acaece. Se comprenderá entonces que mis palabras tienen una relativa importancia, pero no una importancia decisiva; pues de lo que se trata en el fondo es que la realidad de los pobres, su esperanza y su pobreza, tome la palabra, y que a través de ellas se haga presente la palabra de Dios.

Como última aclaración introductoria quisiera decir que al presentar la esperanza de los pobres no pretendo presentar una realidad de la cual se puede tener una noticia y aumentar así el acervo de conocimientos, ni mucho menos presentarla para que verifique tesis filosóficas o teológicas, como si los pobres y su esperanza estuvieran ahí para ilustrar las teorías de Bloch o Moltmann o las de la teología de la liberación. Los pobres están ahí no para aumentar o confirmar nuestros conocimientos, sino como una realidad que forcejea por dejarse oír, por tomar la palabra, como un gran clamor al que no se hace justicia sólo en la disposición a registrarlo sino a corresponderlo.

Me parece muy importante captar la realidad de los pobres como forcejeo de la realidad por darse a conocer. Ese es el significado profundo de lo que ha ocurrido en este congreso y en otros similares: que personas de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Bolivia y Perú piden con insistencia -y a veces mendigan- que se les dé un poco de tiempo para hablar de la realidad de sus países. No debe interpretarse este hecho, hoy tan repetido, desde la psicología de quienes os visitan, sino desde la realidad de sus países. Captar la realidad de esos países es a la vez urgencia y compulsión a hablar de ellos.

A esa clamorosa realidad sólo se puede responder adecuadamente, a mi entender, si es captada como interpelación y buena

noticia. Esa realidad por sí misma es la mediación de la primaria interpelación de Dios: "¿Qué has hecho de tu hermano?". Pero es también, paradójicamente, una buena noticia, algo que a nosotros y a vosotros puede dar una esperanza que muchas veces buscamos en vano en la ilusión de un hombre "total" y no en la utopía de un hombre "nuevo", convertido y abajado a la pobreza, pero lleno también de dignidad, entrega y esperanza. Quizás en el fondo sea ésta una seria dificultad para captar la realidad de los pobres en América Latina, pues, aunque en el primer mundo hay muchos deseos de que las cosas mejoren, puede ser también que un escepticismo de fondo nos haya cerrado a esperar una buena noticia de verdad y mucho más una buena noticia de Dios.

Esa esperanza de los pobres, que es interpelación y buena noticia, es lo que quiero describir teológicamente a continuación para reflexionar después sobre sus raíces teológicas y eclesiales.

1.-LA REALIDAD DE LOS POBRES EN AMERICA LATINA.

Ya en el primer congreso describió Ignacio Ellacuría en profundidad lo que son los pobres en América Latina como realidad histórica, socio-económica y dialéctica, teológica y política. No es necesario repetir su exposición; pero sí me parece conveniente señalar algunos puntos fundamentales para que cobre fuerza la ulterior e increíble afirmación de que **esos** pobres tienen esperanza.

1.1 En este congreso se ha hablado de la pobreza en España y desde el primer día se la ha enfocado desde lo socio-económico. Esto me parece un acierto, pues es la pobreza socio-económica aquella que explica muchos otros fenómenos que acompañan a la pobreza. Sin embargo hay que ser también conscientes de que la pobreza, aun la socio-económica, por ser una realidad histórica sólo puede ser asumida en un concepto de forma análoga, que a veces raya en el equívoco. La pobreza en América Latina es una realidad socio-económica, pero es una pobreza tal, una miseria que llega a tales límites, que lo que hemos oído aquí sobre las bolsas de la pobreza en España o incluso sobre el paro actual, no sirven para introducirnos en el tema de los pobres en América Latina.

Dicho de forma sistemática, la pobreza en el primer mundo se comprende por el distanciamiento, mayor o menor, de cier-

tos niveles de bienestar ya alcanzados, y cuando la situación empeora se siente como retroceso de esos niveles. El polo referencial de la pobreza, sin embargo, se expresa en forma positiva: un grado de bienestar ya alcanzado y posible. En América Latina, sin embargo, el polo referencial al que más espontánea y obviamente remite la pobreza no es algo positivo, sino algo sumamente negativo: la muerte. Pobreza es una miseria que acerca realmente a la muerte; pobres son aquellos cuya máxima tarea es simplemente sobrevivir, aquellos cuya vida está realmente amenazada por las estructuras socio-económicas.

Dicho teológicamente y teo-logalmente, la pobreza en América Latina significa que la creación de Dios está realmente amenazada, que el primigenio plan de Dios para los hombres no sólo no se cumple a cabalidad o con algunas limitaciones, sino que está pervertido, pues son inmensas mayorías aquellas para quienes está en juego simplemente su ser creado. Quizás para entendernos podamos hacer la siguiente reflexión. En el primer mundo existe hoy una honrada y comprensible angustia ante la posibilidad de una hecatombe nuclear. Esa angustia tiene la particularidad nueva de que se refiere no a algunas áreas de la vida de los hombres, sino a la posibilidad de que ese mundo dejase de existir. Dicho teológicamente, esa angustia está al nivel de la creación, y no ya al nivel del bienestar o del progreso. Pues bien, desde esa experiencia actual del primer mundo habría que partir quizás para comprender lo que es pobreza en el tercer mundo. Naturalmente que en el tercer mundo la amenaza a la creación no se ha sentido por amenazas nucleares ni se piensa aquélla imaginativamente a través de destrucciones apocalípticas. Pero la cotidiana miseria que da muerte lenta y eficaz a miles y millones de seres humanos significa realmente una hecatombe, el viciamiento de la creación de Dios. Por esa razón se repite en el tercer mundo que la pobreza es expresión y producto del pecado, porque es negación absoluta de la primigenia voluntad de Dios. Y por esa razón también se dice que el pecado es verdaderamente mortal, porque la negación de la voluntad de Dios se manifiesta en que haya muerte y en esa muerte objetiva revela el pecado su más profunda esencia.

Esto es lo que entendemos por pobreza en América Latina. No podemos extendernos ahora en analizar sus causas estructurales, que teológicamente son los ídolos—capitalismo absolutizado,

doctrina de la seguridad nacional— ni los rostros concretos de los pobres, que son las víctimas que esos ídolos exigen para subsistir. Pero quizás se comprenda un poco la suma importancia y necesidad de que los cristianos y las iglesias tomen absolutamente en serio esa pobreza y trabajen por su superación eficaz. En las sobrias pero profundas palabras de Mons. Romero, "es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida".

1.2 Esta descripción de la pobreza, que es sumamente trágica, se torna sin embargo suave en algunas situaciones, como las de El Salvador o Guatemala en la actualidad. La pobreza descrita no es un fenómeno natural de mera carencia, sino un fenómeno histórico de empobrecimiento. La pobreza es entonces dialéctica: hay pobres porque hay ricos, y hay ricos porque hay pobres. Esa dialéctica estructural se torna altamente conflictiva cuando los pobres toman activa conciencia de ella y se organizan social y políticamente para luchar contra la estructura injusta. Cuando esto ocurre, la estructura— los dioses de la muerte—se vuelven de nuevo contra los pobres y acaece la represión. La muerte lenta, como destino histórico de los pobres, se torna en muerte violenta para los pobres que quieren dejar de serlo. La pobreza adquiere una nueva relación con la muerte; los pobres son asesinados y son asesinados por ser pobres. Quizás sea importante recalcar esta elemental verdad. La actual represión se dirige a los pobres porque se los ve como peligrosos; pero la raíz última de su peligrosidad está en su ser pobres. Por eso se reprime a los pobres-que-luchan o, preventivamente, a los pobres-para-que-no-luchen, pero en definitiva a los pobres. Lo que queremos afirmar entonces es que las nuevas formas de muerte de la represión competen a los pobres por serlo.

Según esto, pobres no son sólo ya aquellos cercanos a la muerte, los campesinos sin tierra, los niños que mueren por desnutrición porque las madres no pueden amamantarlos. Pobres son además y definitivamente los 35.000 salvadoreños asesinados, la mayoría de los cuales a manos del ejército y cuerpos de seguridad, los 40.000 que murieron durante la revolución nicaraguense, los miles y miles de guatemaltecos asesinados desde 1954. Pobres son los masacrados en el río Sumpul, El Mozote, Panzós, los torturados, los desollados, los que aparecen con sus rostros corroídos con ácido, los decapitados en serie, los cadáveres que aparecen en cementerios clandestini-

nos —descubiertos por el sobrevolar de las aves de rapiña—, los cadáveres aún agonizantes que aparecen en el carro de la basura. Estos son los consumadamente pobres, aquellos para quienes la muerte violenta consume su muerte lenta.

Si la primera pobreza era un viciamiento de la creación, esta segunda y definitiva pobreza es, en palabras de Mons. Romero, "el imperio del infierno". Si las estructuras injustas oprimen lentamente, ahora "han convertido un pueblo en una cárcel y en un lugar de tortura" (19.6. 1977). Esto es lo que obligó a Mons. Romero a reinterpretar su ministerio arzobispal desde la muerte: "A mí me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres" (ibid), y lo que ha obligado recientemente a Juan Pablo II en carta del 6 de agosto de 1982 a los obispos de El Salvador a recordar las "brutales represiones" que se llevan a cabo en nombre de la doctrina de la seguridad nacional.

La analogía de la pobreza se ensancha trágicamente. En lenguaje teológico el pobre se convierte en el siervo sufriente de Jahvé. Como aquél, los pobres han intentado implantar el derecho y la justicia entre las gentes, y como a aquél les sobreviene el destino de muerte. Los pobres terminan hoy sin rostro ni figura humana, de quienes se aparta la mirada porque dan repugnancia; son empobrecidos y aniquilados por el pecado de los poderosos y cargan sobre sí literalmente con ese pecado; muchísimas veces van al matadero—recuérdense las masacres—como la oveja que no tiene voz ni para quejarse; son además tenidos y enterrados como malhechores, subversivos, hombres sin Dios, con lo cual se consume la muerte hasta de su dignidad y se pervierte absolutamente su realidad. Los pobres son hoy entonces los pueblos crucificados.

2.- LA REALIDAD DE LA ESPERANZA DE LOS POBRES EN AMERICA LATINA.-

La pobreza descrita es real y por ello escandalosamente trágica y cuestionante. Sin embargo esos pobres tienen esperanza, y ello es escandalosamente sorprendente. A pesar de largos años de opresión y represión, a pesar de que una mirada macroestructural amenaza con mayor pobreza al tercer mundo, los pobres son hoy en América Latina pobres esperanzados y esa esperanza es una de las características esenciales que cualifica su pobreza, sin la cual, por lo tanto, no se comprende adecuadamente a los pobres.

Ya Medellín afirmó la coincidencia de pobreza y esperanza, pero elevó además ambas cosas a la categoría de signos de los tiempos, es decir, manifestación clara y densa de la actual voluntad de Dios, al margen de la cual vano será buscar su voluntad en otras manifestaciones. Afirmó la ingente miseria, producto de la injusticia; que clama al cielo; pero añadió "el anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva (Introducción, no. 4), que calificó como "un evidente signo del Espíritu", "las huellas de la imagen de Dios en el hombre" (ibid). También Puebla describió la pobreza como el más devastador y humillante flagelo del continente, pero añadió también— aunque quizás no con tanto vigor como Medellín, por la situación de un mayor deterioro en el continente—las aspiraciones sentidas de los pobres latinoamericanos. En cualquier caso se refirió a ellas de forma indirecta pero dramática en el conocido texto sobre el clamor de los pobres. En Medellín, dijo, el clamor pudo haber parecido sordo; "ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante" (n. 89).

Estos textos, a los que se podrían sumar muchos otros del Antiguo y Nuevo Testamento, muestran que tanto en la pobreza como en la esperanza se da una absolutez para la fe y para la Iglesia; pero muestran también que existe una correlación cristiana entre pobreza y esperanza, de tal manera que se podría preguntar uno si el título de esta ponencia, **Esperanza de los pobres**, no es una tautología, al menos desde el punto de vista cristiano; si puede haber una esperanza cristiana que no sea de los pobres, como si la esperanza cristiana fuese una realidad ya constituida en sí misma de la cual participasen—aunque diversamente—pobres y ricos; si no se da en la esperanza de los pobres el **analogatum princeps** de la esperanza cristiana en la cual pueden participar otros en la medida en que participan de la pobreza de los pobres; si, a la inversa, puede haber pobres cristianos que en cuanto tal no tengan una determinada esperanza; si esa esperanza no es una de las importantes manifestaciones del espíritu con que los pobres deben vivir cristianamente su pobreza, de modo que se realice la síntesis evangélica—no ahistóricamente espiritualista— de "pobreza espiritual".

Desde este punto de vista queremos describir brevemente la esperanza de los pobres como espíritu que surge de un lugar

determinado—la pobreza descrita—y para vivir cristianamente, accionar y reaccionar cristianamente ante esa pobreza. Queremos describir la esperanza desde su relación formal con el futuro, pero también desde su eficacia para el presente de los pobres.

2.1 La esperanza de los pobres apunta en primer lugar a un futuro, que es captado a la vez como don y promesa, por una parte, y como exigencia de acción por otra. Dicho formalmente, esa esperanza consiste en que lo que durante mucho tiempo ha parecido imposible se ofrece ahora como posibilidad; dicho desde su contenido, esa esperanza consiste en la vida. Es difícil poner en abstracto lo que en este contexto significa "esperanza de la vida", pero quizás nos ayuden aquellas palabras del tercer Isaías cuando narra la utopía de Dios: "Edificarán casas y las habitarán; plantarán viñas y comerán de sus frutos. No edificarán para que otro habite, ni trabajarán para que otro coma de sus frutos".

Esta esperanza concreta de los pobres no consiste en el deseo material de tener más ni tampoco en el puro deseo subjetivo de ser reconocidos en su dignidad de personas. Creemos más bien que es una esperanza originaria y originante, previa a la consabida distinción entre el ser y el tener—distinción que pueden hacer los que ya tienen suficientemente—, esperanza en la que "el ser" reclama para serlo casa y trabajo, y en la que "el tener" no está todavía orientado al consumismo y a la tendencia opresiva, sino a la constitución del ser con dignidad. Esa esperanza de la vida es la novedosa convicción de la posibilidad de llegar a ser hombres y mujeres, verdaderas creaturas de Dios y no víctimas seculares de los ídolos, de poder vivir en una sociedad no estructurada según lobos y corderos. En este cambio de perspectiva, aparentemente tan simple, se expresa la esperanza de los pobres; la historia no es ya para ellos simple fatalismo, sino promesa con posibilidades.

Captar la historia como promesa ha llevado de hecho a los pobres a reaccionar y a actuar ellos mismos. El descubrimiento de las posibilidades de la historia ha sido a la vez el descubrimiento de sus propias posibilidades y de la necesidad de poner ellos manos a la obra. La esperanza de los pobres es por lo tanto activa, que ha llevado a su organización al nivel social, político, eclesial y, en casos límite, también militar. Es una es-

peranza dialéctica y conflictiva, pues es esperanza contra el presente y contra el pasado— a diferencia de otras esperanzas en el primer mundo que ven en un pasado reciente un paraíso perdido— y es esperanza que lucha por destruir las raíces profundas de la pobreza y de la muerte en contra de quienes las quieren mantener. Es una esperanza sobria, aunque pase por momentos eufóricos, y persistente, porque aprende también a no confundir las posibilidades de la historia con una inminente parusía. Es una esperanza en la liberación de los pobres, realizada sustancialmente por los mismos pobres. Esto es lo que recoge, aunque de forma dramática y manipulable, el ideal de la "revolución", es la puesta en acción de la esperanza de los pobres.

2.2 Esta nueva esperanza deja ya ver sus frutos en el presente de forma modesta a veces, ambigua y limitada ciertamente, pero real. "Antes estábamos como dormidos; ahora estamos despiertos. Antes moríamos y ahora también. Pero ahora sabemos por qué morimos. Y eso cabalmente es muy distinto", decía un campesino. Ese antes y ese ahora implican un cambio, una metanoia para los pobres mismos, no necesariamente en su situación de pobreza pero sí en el espíritu con que la viven.

En primer lugar han recobrado la conciencia de su propia dignidad y de su propia valía ya ahora; han hecho el gran descubrimiento de encontrarse con ellos mismos y entre ellos mismos, como personas y sujetos de su historia, no como cosas y objetos del destino de otros. Parafraseando la Carta a los Romanos podemos decir que Dios ha llamado a los pobres a la existencia, y quienes antes no eran ahora son. Por eso la esperanza de los pobres es ciertamente, como se ha dicho en este congreso, un esperar **actuando**, pero es también—y novedosamente— un esperar **siendo**. Ese ser realmente en y a través de su ser-pobres es la perla preciosa que, una vez encontrada, transfigura ya el presente.

En segundo lugar los pobres apuntan ya ahora a una nueva sociedad con dos características fundamentales. La primera es, por supuesto, la superación del egoísmo como principio de actuación y de la insolidaridad, no fraternidad, injusticia en una palabra, como configuración de la sociedad. La segunda, más paradójica en un primer momento, pero no menos importante y necesaria, es la configuración de una sociedad basada

en vivir pobre, aunque no miserablemente, en una sociedad que tiene realmente en cuenta los escasos recursos para todos, pero que procura repartirlos y no deslizarse por la pendiente del tener y del consumismo. Las realizaciones de estos ideales son por necesidad modestas, pero se dan en campos de refugiados, en comunidades de base, en zonas controladas.

En tercer lugar los pobres viven la extraña mezcla que se propone en el sermón de la montaña: difíciles condiciones materiales y bienaventuranza. Que ambas cosas puedan ya coincidir es cosa de vivir las condiciones materiales con un determinado espíritu. A pesar del fuerte dolor, que produce llanto y lamentos, no es frecuente que los pobres se entreguen a puras lamentaciones estériles. En medio del dolor hay frecuente gozo sereno; hay tiempo incluso para la alegría, para celebrar los triunfos del pueblo o la cotidianidad de la vida y sus trabajos; alegría en las celebraciones litúrgicas en las que se pueden mezclar cosas tan dispares como recordar a los caídos y celebrar una boda o el nacimiento de un hijo. Hay solidaridad entre los pobres, mutuo dar y recibir lo que se tiene, con mucha frecuencia lo muy poco que se tiene. Hay tiempo para rezar por los vivos y por lo muertos, para pedir a Dios cantando que se acerque el día de la liberación. Hay tiempo para agradecer la solidaridad de otros, las visitas y ayudas de quienes se les acercan. Hay incluso tiempo para el perdón a quienes han asesinado a sus familiares.

Todo lo que se ha descrito está naturalmente idealizado; pero no es una descripción idealista pues hay mucha realidad detrás de la descripción. Lo que interesa recalcar es que los pobres esperanzados hacen ya fructífera su esperanza, y sin caer en la espera de fáciles mesianismos ni en la resignación viven ya con un diferente espíritu. Y si no hubiese ninguna otra prueba de esta afirmación piénsese en la cruel y masiva represión para exterminarlos. A pobres resignados y sin esperanza no se les asesina, porque no suponen peligro. Pero si se les sigue asesinando tan masivamente es que los pobres siguen siendo un peligro; y si se asesinan tan cruelmente es que hay que atemorizarlos, es decir, no sólo acabar con su vida sino con su espíritu. Pobres con espíritu, pobres con alegría, que saben llorar, pero también cantar, que saben enterrar a sus muertos, pero también celebrarlos como mártires con un inmenso peligro para los opresores. Y si son peligro es que en medio de la

pobreza mantienen vivo el espíritu.

2.3 Puede extrañar el que no hayamos mencionado todavía la esperanza transcendente de los pobres ni que el análisis anterior lo hayamos encuadrado en el consabido esquema de esperanza histórica y esperanza transcendente. La razón es que a mi entender, esa división no es excesivamente útil para captar la novedad de la esperanza de los pobres.

La gran mayoría de los pobres de América Latina son cristianos; creen por ello en la esperanza transcendente y así lo manifiestan en las abundantes eucaristías por sus muertos y sus asesinados. Al nivel religioso-ideológico esa esperanza está asegurada. La novedad, creemos, consiste en que ahora esa misma esperanza transcendente está englobada en una esperanza más primigenia, una metaesperanza, si se quiere, de la cual tanto la esperanza histórica como la transcendente son dos momentos distintos pero complementarios. La esperanza histórica, en cuanto que para estos pobres es en verdad novedad, milagro y escándalo bienaventurado es mediación de lo que en la esperanza transcendente hay de nuevo, prodigioso y escandalosa bienaventuranza. Y a la inversa la esperanza escatológica, por ser formulación radical de la esperanza, es lo que otorga radicalidad a la esperanza histórica, y la que se hace presente en el gozo y la libertad con que se viven ya situaciones históricas extremadamente dolorosas y esclavizantes.

Eso que hemos llamado metaesperanza se ha hecho realidad, creemos, por el descubrimiento que han hecho los pobres del verdadero Dios como un Dios de los pobres. En ese Dios confían absolutamente. Cuando se da esa confianza existe la esperanza; y cuando esa confianza se deposita realmente en Dios, de por sí no dice límites, y es por ello con naturalidad una esperanza transcendente.

3.LA RAZ TEOLOGAL DE LA ESPERANZA DE LOS POBRES.

La raíz de la actual esperanza de los pobres es compleja y variada. En América Latina se han dado las condiciones subjetivas para que los pobres puedan pensar en serio su liberación y también, en parte, las condiciones objetivas para que pongan manos a la obra. A ello han cooperado sin duda diversas ideologías, con sus análisis científicos y con la fe, al menos implícita, que está detrás de ellas. Un análisis completo de la espe-

ranza de los pobres debe incluir, por lo tanto, el estudio de la realidad social, económica y política y también de la conciencia colectiva de los pobres.

Aquí queremos reducirnos sin embargo a la raíz religiosa de esa esperanza, que si durante años y siglos ha estado latente o se ha mostrado más bien como resignación, se presenta ahora con claridad y fuerza por haberse hecho más explícitamente evangélica y cristiana. En el fondo, la esperanza de los pobres vive de una nueva relación y una nueva correspondencia con Dios, y por ello la denominamos estrictamente teologal. Por ello también la esperanza es un momento de la relación teologal, que debe ser comprendido en relación con los otros dos momentos de la relación teologal: la fe y la caridad.

3.1 Los pobres de América Latina tienen fe en Dios, tienen fe en Dios en cuanto ellos son pobres y desde ahí creen en un Dios de los pobres. Esa fe no es una de tantas fes, sino aquella en que se revela la forma originaria en que Dios se relaciona con los hombres: a través de los pobres. En esa fe se hace presente la parcialidad constitutiva de Dios hacia los pobres, hacia todo lo que es pequeño, despreciado, oprimido y reprimido, como aparece abundantemente en el éxodo, en los profetas y en Jesús y como admirablemente ha afirmado Puebla: por el mero hecho de ser pobres, y previamente a cualquier otra consideración, "Dios los defiende y los ama".

Los pobres se saben en esa correlación originaria con Dios y captan lo que en esa relación es primero: Dios tiene una buena noticia para ellos, una promesa plenificante. Sin duda captan también las exigencias de Dios a ellos; pero lo primero que captan es que el modo de relacionarse Dios con ellos es comunicándoles una esperanza. Esa esperanza es lo primero que suscita la revelación de Dios a ellos, el volcarse Dios hacia ellos. El éxodo dice que Dios ha decidido liberarlos; Jesús comienza anunciando la buena noticia del reino de Dios para los pobres; la resurrección de Jesús afirma que hay justicia, y por ello esperanza, para los crucificados.

Fe en Dios y esperanza no son por lo tanto dos magnitudes lógicamente separables, sino que la segunda expresa la forma primera de la fe en Dios que tienen los pobres. Si esa fe-esperanza se ha hecho realidad en los pobres no es sólo porque por su religiosidad hayan creído siempre en "Dios", en

una realidad última, sino porque ese Dios se les ha hecho creíble, y eso ha ocurrido en último término porque lo han visto cercano a ellos. No basta una fe genérica en Dios para generar esperanza, ni basta siquiera admitir el poder de Dios ni sus promesas. Algo distinto a los atributos genéricos de la divinidad es necesario. Eso distinto, que es además la característica fundamental del Dios cristiano, es lo que eficazmente han redescubierto los pobres: la cercanía de Dios. Dios da esperanza porque es creíble y es creíble porque está cercano a los pobres.

Aquí es donde se torna sumamente importante la figura de Jesús, el Hijo, pero también el hermano cercano. Jesús es comprendido como el poder de Dios y es comprendido también como quien tiene serias exigencias a su seguimiento. Pero con una cierta anterioridad lógica es comprendido como el acercamiento de Dios al mundo de los pobres. De ahí que sea decisiva la encarnación de Jesús. Los pobres captan por connaturalidad lo esencial del mensaje neotestamentario: que Jesús se ha encarnado no en cualquier mundo sino en el mundo de los pobres, que ha tomado no cualquier carne sino la carne débil y frágil, que ha defendido no cualquier causa sino la causa de los pobres, que ha corrido no cualquier suerte sino la suerte de los pobres. Los pobres captan lo que dice la Carta a los Hebreos: que Jesús no se avergüenza de llamar hermanos a los hombres; y lo pueden captar porque en un primer momento, al menos, por sus propias condiciones históricas tampoco ellos tienen por qué avergonzarse de llamar hermano a Jesús.

Esa cercanía de Dios que es Jesús, ese compartir de verdad la realidad y la suerte de los pobres es lo que hace creíble a Dios y sus promesas. Cuanto mayor es el grado de cercanía de Dios mayor su credibilidad y mayor su esperanza. Por ello cuando los pobres oyen y entienden—lo que para la razón que no es pobre sigue siendo escándalo o puro antropomorfismo—que Dios entrega al Hijo, que el mismo Dios está crucificado, entonces se hace real, paradójicamente, su esperanza.

Los pobres no tienen problemas con Dios. La pregunta clásica de la teodicea o el ateísmo de protesta—que tan razonablemente plantean los que no son pobres—no es problema para los pobres, quienes en buena lógica serían los que deberían plantearlo. Los pobres no creen en un Dios milagrero, ni en un Dios

tapaagujeros, ni en un Dios aguafiestas, como con tanta razón desenmascaró Bonhoeffer. Creen, sí, en un Dios que tiene una buena noticia para ellos. Su fe en Dios no es ingenua, aunque las expresiones externas de esa fe pudieran parecerlo. Es una fe profundamente dialéctica, pues creen en un Dios liberador y en un Dios crucificado. Mantener ambas cosas es lo que mantiene la tozudez de su esperanza.

3.2 Por la fe los pobres han comprendido que Dios es en directo para ellos; pero por esa misma fe han captado que ellos no son para sí mismos. A la esperanza que responde a la buena noticia de Dios para ellos, va unida la **caridad** como modo de corresponder a la misma realidad de Dios. Esa práctica de caridad toma diversas formas, unas más estructurales, como son las diversas formas de lucha por la liberación, y otras más inmediatas, como son atender a las múltiples necesidades de los mismos pobres. Lo importante, sin embargo, es recalcar que la práctica de los pobres incluye activamente al "otro", a ese gran "otro" que son la misma mayoría de pobres y a la totalidad de la sociedad, por cuya construcción luchan. Esa referencia al otro es lo que hace que su trabajo, sus luchas, sean formalmente amor. Es evidente que la realización concreta de ese amor va acompañada de yerros y pecados, que cuando se llega a estadios de lucha revolucionaria aparecen muchos subproductos negativos, históricamente inevitables. Pero sería un grave error desconocer que lo que ha movido a tantos pobres a trabajar y a luchar es el amor a sus hermanos. La esperanza que Dios ha suscitado en ellos se ha tornado en activo amor para los otros.

Entre las manifestaciones de ese amor no puede silenciarse la generosidad sin límites en la entrega que ha llevado tantísimas veces a la entrega de la propia vida. Por mucho que haya que interpretar esa entrega también a partir de la psicología social, de cierto elemento de "desesperación" que haría verosímil lanzarse a la muerte, no puede desconocerse el amor existente en el hecho masivo de miles de mártires. La explicación teológica de esas muertes es sencilla: muchos pobres entregan su vida para que los otros tengan vida. Con ello reproducen el gesto de Jesús y su vida se hace realmente teológica, corresponden a la realidad amorosa de Dios.

El martirio, por ser expresión y producto del amor, produce esperanza. Surge de nuevo la gran paradoja de que la esperan-

za surge de la cruz, no por lo que ésta tiene simplemente de negatividad, sino por ser la máxima expresión de amor. Los abundantes martirios hacen que los pobres vivan hoy rodeados de "una gran nube de testigos" y por ello su fe no se tambalea; pero hacen también que se mantenga la esperanza—ciertamente contra esperanza— pues en último término ésta surge de la convicción inmovible de que nada hay más real y más fructífero que el amor. La esperanza de los pobres surge y se mantiene en último término de la santidad de su propia vida, de la práctica del amor, tantas veces atestiguada y verificada por el martirio. La esperanza de los pobres no es por lo tanto una dimensión de su vida que surge y crece autónomamente—aunque sus condiciones materiales hagan razonable el que tengan esperanza o que cayesen en la desesperación— sino en la medida en que existe la fe en un Dios de los pobres y una práctica de la caridad en favor de los pobres.

4. EL APOORTE DE LA IGLESIA A LA ESPERANZA DE LOS POBRES.

La relación entre los pobres y la Iglesia es doble. Por una parte son los pobres los que evangelizan a la Iglesia, los que le enseñan lo más fundamental, lo que es Dios y su reino, lo que es Jesús y su seguimiento, lo que es gracia y pecado, como dijo Mons. Romero en su discurso de Lovaina. Los pobres son en verdad lugar teológico para la Iglesia porque desde ese lugar la Iglesia puede concretizar lo que sabe genéricamente, puede discernir en concreto lo que debe hacer y puede sacar fuerzas y espíritu para llevar a cabo su misión.

Aquí me voy a referir sin embargo al aporte de la Iglesia a la esperanza de los pobres en primer lugar porque es una realidad en América Latina, aunque no de todas las iglesias ni en todas por igual: en segundo lugar porque en la realización de ese aporte se pone la Iglesia en contacto con los pobres y en el lugar, por lo tanto, de poder ser evangelizada por ellos; y en tercer lugar porque de esa forma mencionaremos cosas concretas que debe hacer la Iglesia y responderemos así de alguna forma a la pregunta que se hace insistentemente: qué podemos hacer.

El aporte fundamental de la Iglesia en cuanto Iglesia a la esperanza de los pobres no es otro que generar la fe y la caridad

descritas antes, es decir, cooperar desde lo religioso a su activa esperanza. Cómo genera de hecho una determinada Iglesia esa esperanza es algo en último término improgramable que sólo puede constatarse cuando ocurre. Sin embargo se pueden apuntar a las condiciones de posibilidad que son las condiciones de credibilidad para que la Iglesia pueda aportar a la esperanza de los pobres. No se genera ésta simplemente porque la Iglesia repita una palabra doctrinal sobre Dios y la buena noticia; pero esa palabra puede generar esperanza si conlleva su propia credibilidad. Entonces los pobres podrán captar y aceptar la verdad del mensaje y podrán ser contagiados por la práctica de la caridad de la Iglesia. En una palabra se puede decir que la pregunta que la Iglesia debe hacerse es la siguiente: cómo hacer para que los pobres sientan a Dios creíblemente cercano a ellos y cómo hacer para que los pobres correspondan a la buena noticia de Dios poniéndola en práctica. Si se acierta con ese hacer la Iglesia aporta algo muy importante a la esperanza de los pobres.

4.1 Condición absolutamente necesaria para la credibilidad de la Iglesia—y también para su crecimiento cristiano como Iglesia—es la **encarnación en el mundo de los pobres**. Esa encarnación no debe ser entendida como pura adaptación cultural a su mundo en torno, ni como pura simpatía efectiva o ideológica con el mundo de los pobres y su causa. Encarnación es más bien abajamiento consciente a ese mundo de modo que ese mundo —con todos sus horrores y sus positivos valores— se introduzca en la Iglesia. Se trata, y nada puede sustituir a esa encarnación, de que la Iglesia, aunque de diversas y complementarias formas, llegue a hacerse una con los pobres, que así lo capten los pobres, y se convierta de esa forma en Iglesia de los pobres. Eso es lo que Mons. Romero afirmó como primer paso fundamental para la Iglesia: "En ese mundo sin rostro humano, sacramento actual del siervo sufriente de Jahvé, ha procurado encarnarse la Iglesia de mi Arquidiócesis" (Discurso de Lovaina).

Esa encarnación es la única forma de responder a la decisiva pregunta que hacen los pobres— y a través de ellos Dios mismo—a la Iglesia: "¿Estaban allí cuando crucificaron a mi Señor?" Ante esta pregunta no hay escapatoria. La respuesta positiva o negativa es el principio o el fin de la credibilidad de la Iglesia. Si responde afirmativamente estando junto a los crucifi-

cados de la historia, la Iglesia podrá comunicar no sólo su propia cercanía, sino la cercanía de Dios que es la que genera esperanza, podrá hacerse verdaderamente "popular", no en el sentido reduccionista del término, sino en su verdadero sentido evangélico: estar allí donde está el pueblo, paso previo pero necesario para ayudar a que ese pueblo empírico de pobres pueda hacerse cada vez más pueblo de Dios.

Esa encarnación es necesaria no sólo para la primera credibilidad con respecto a los pobres, sino para obtener y mantener elementos fundamentales que aseguren una acción de la Iglesia con respecto a los pobres. En el mundo de los pobres, en el desde abajo de la historia, es donde encuentra la Iglesia la verdad histórica y la fuerza para no caer en la tentación de ideologizarla, lo cual desfigura siempre la realidad y ésta no revela ya a Dios. En ese mundo encuentra también el dolor de los pobres que exige la actitud de Jesús del "misereor super turbas" y la fuerza para no manipular ese dolor, haciéndolo en último término algo secundario y cada vez más alejado de la realidad de la Iglesia. Verdad y misericordia pueden parecer cosas fáciles de obtener, pero no lo son; y mucho menos es fácil mantenerlas cuando su defensa pone en peligro a la misma Iglesia. Por ello la encarnación es sumamente necesaria; porque posibilita credibilidad y equipa a la Iglesia para hacer y mantenerse en una opción por los pobres que genera su esperanza.

4.2 Desde esa encarnación la Iglesia está con los pobres, y por la misma dinámica de la encarnación avanza a la **defensa activa de los pobres**, a acuerpar, como decía Mons. Romero, "todo esfuerzo por la dignidad de los hombres" (7.1.1979). Esa defensa es un estar activamente entre y con los pobres, acompañarles en la práctica de su esperanza, ayudarles a salir de su miseria y defenderles de quienes no toleran ni su esperanza ni su práctica.

Defensa de los pobres significa en primer lugar defender su vida amenazada, confesando así que la Iglesia cree en verdad en un Dios de vida y no en cualquier dios. Esto se lleva a cabo propiciando cambios de estructuras, audaces y urgentes, como decía Pablo VI, o buscando soluciones justas a conflictos y guerras, cuando éstas estallan por causa de la liberación. Ciertamente la Iglesia debe propiciar el crecimiento en la vida y aquella vida a plenitud que vino a traer Jesús. Pero la

precipitación en esa tarea, que con frecuencia pasa por alto la primariedad de la vida, sería funesto para la Iglesia y le privaría de credibilidad ante los pobres. Defender a los pobres es ahondar, pasar tiempo y dedicar recursos a defender su vida. Por aparentemente modesta que parezca esta tarea, en comparación con otras más sublimes, ésta es la que da la medida de la fe en Dios y lo que hace a Dios verdaderamente cercano a los pobres.

Defensa de los pobres significa en segundo lugar afirmar la verdad y sobre todo la que enuncia la realidad de los pobres, las causas de esa realidad y lo justo de sus aspiraciones. Los pobres tienen sustancialmente la verdad en su favor, pero tienen en su contra los medios sociales de comunicación de la verdad y de su interpretación. Necesitan una voz que pocos se la prestan.

Defensa de los pobres es entonces ser voz de los que no la tienen, prestar voz activamente a lo que los pobres quieren decir. Esa es la raíz de la denuncia profética que, indirecta aunque eficazmente, es denuncia y maldición contra los opresores y desenmascaramiento de los mecanismos de opresión, pero en directo y más profundamente es defensa de los pobres, tomar partido por los pobres cuya verdad está silenciada, tergiversada y oprimida. "No podemos callar, queridos hermanos, como Iglesia profética, en un país tan corrompido, tan injusto", decía Mons. Romero (8.7.1979). Esa denuncia es la forma clara de decir que la verdad está con los pobres y que Dios está con ellos. Por ello no es sólo una fórmula retórica denunciar "en nombre de Dios", sino mencionar al primer y fundamental defensor de los pobres.

Defensa de los pobres significa en tercer lugar acompañar a los pobres en sus procesos y justas luchas de liberación. Es éste terreno difícil y resbaladizo para la Iglesia, tanto por la dificultad objetiva implicada en los juicios políticos y en cómo introducirse la Iglesia en ellos de forma específicamente eclesial, como por los altos riesgos y persecución que le sobrevienen. Sin embargo la Iglesia no debe rehuir ese acompañamiento, que es la continuación activa de la encarnación. La Iglesia debe defender, propiciar y animar la propia organización popular de los pobres, defender y orientar sus propias luchas sociales y políticas; en casos límite, debe recordar incluso la po-

sible legitimidad de un conflicto armado, cuando se trata en verdad de la liberación de los pobres, agotados otros recursos. En cualquier caso debe acompañar pastoralmente a ese pueblo, también cuando se han desencadenado esos conflictos. La "pastoral de acompañamiento", que exigió Mons. Romero, es la forma histórica de decir a los pobres que Dios también les acompaña, de no hacer como el mercenario, que huye y abandona a sus ovejas cuando ve venir al lobo.

Defensa de los pobres significa en cuarto lugar imbuir en ellos, como personas y como pueblo, en sus proyectos y en sus luchas, espíritu cristiano, con el convencimiento de que con ese espíritu el pueblo de los pobres da más de sí. Esto significa por una parte fomentar aquellos valores positivos de generosidad, solidaridad, reconciliación, misericordia, objetividad, humildad ante Dios que hacen crecer a los pobres en el fondo de su corazón, pero que muestran también sus frutos objetivamente. Significa por otra parte avisarles de sus limitaciones y criticar sus errores y pecados, precisamente para hacerles mejorar como pueblo. En situaciones tan complejas y conflictivas como las de El Salvador o Guatemala, significa avisar a los pobres que se organizan en contra de un excesivo protagonismo, de las desuniones en nombre de la hegemonía y de la pureza en la conducción del proceso, de la absolutización en un momento dado de áreas parciales de la existencia de los pobres, como lo político o lo militar, de la manipulación de la religiosidad de los pobres y de la violencia que se torna en terrorismo. Significa aceptar la necesidad de la lucha, pero sin hacer nunca una mística de la violencia ni depositar en ella la última confianza.

Defensa de los pobres significa por último mantener su esperanza a través de la propia esperanza de la Iglesia, cuando ésta se torna contra esperanza. No es fácil alimentar la esperanza en medio del dolor y del sufrimiento, pero la Iglesia debe intentarlo siempre de nuevo desde sus más hondas raíces de fe. Gran mérito fué en este sentido el que Mons. Romero convirtiese las innumerables muertes en martirio y con ello en motivo de esperanza "Estoy seguro de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de las víctimas no serán en vano" (27.1.1980). "El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta el cielo y que ya nada ni nadie lo puede detener" (ibid). El que éstas palabras generen esperanza es

un milagro improgramable, pero la Iglesia debe intentarlo siempre como último servicio a los pobres, como defensa hacia ellos en los momentos más difíciles. Desde la cruz debe intentar comunicar la convicción de Mons. Romero: "Verán queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de la resurrección" (11.11.1979). "Sobre estas ruinas brillará, la gloria del Señor" (7.1.1979).

4.3 Una Iglesia que se encarna en el mundo de los pobres y que defiende su causa sufre inexorablemente la persecución. Con ello consigue, sin embargo, dos cosas fundamentales: la verificación de su verdad como Iglesia de Jesucristo y la última credibilidad ante los pobres.

El lenguaje -y mucho más la realidad- de la persecución es duro. También la Iglesia quisiera, como Jesús, que "pase de mí este cáliz". Quisiera detener el proceso de encarnación en el límite en que también a ella le va la vida, la vida de sus sacerdotes y religiosas, de sus catequistas y delegados de la palabra, incluso de sus obispos, en el que le va la supervivencia y buen funcionamiento de sus instituciones y plataformas. Quisiera detener su proceso de abajamiento para evitar llegar al abajamiento de Cristo, quien no sólo tomó forma de hombre, sino que se humilló hasta la muerte y muerte de cruz.

Sin embargo la Iglesia no puede detener ese proceso si quiere ser la Iglesia de Jesucristo y tener credibilidad ante los pobres. Como decía Mons. Romero, "Una Iglesia que no sufre la persecución sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de la tierra, esa Iglesia ¡tenga miedo! No es la verdadera Iglesia de Jesucristo" (11.3.1979).

Una Iglesia perseguida y martirizada por causa de los pobres pone el gesto del mayor amor y los pobres lo captan como amor a ellos; saben que la Iglesia es para ellos y por lo tanto la Iglesia cobra credibilidad, según la cual toda su actuación, su anuncio de la buena noticia a los pobres, se hace intrínsecamente verdadera.

Pero además una Iglesia perseguida y martirizada se hace afín a la realidad de los pobres y, por ello, Iglesia de los pobres. Existe entonces una última connaturalidad entre pobres e Igle-

sia porque ambos corren la misma suerte y corren el mismo destino. La Iglesia sigue siendo en un sentido "alteridad" para los pobres, pero no pura alteridad. El Dios que predica la Iglesia sigue siendo el "otro" para los pobres, pero no el totalmente otro, sino también cercano. Esa cercanía sólo la consigue la persecución. "La Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución" (17.2.1980), decía Mons. Romero; más aún, en ello se gloría, en "mezclar la sangre de sus sacerdotes con las masacres del pueblo" (ibid). Y para que no quedase ninguna duda de su pensamiento pronunció estas escalofriantes palabras: "Sería muy triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo" (24.6.1979).

Esa Iglesia encarnada en el mundo de los pobres, defensora de ellos y perseguida por su causa, tiene una intrínseca credibilidad y por ello puede mantener su esperanza. La mantiene desde su fe en Dios; pero a fin de cuentas, la misma Iglesia ha aprendido lo que es la esperanza de la fe cuando la ha visto hecha realidad en la esperanza de los pobres.

Los pobres y la Iglesia de los pobres son un cuestionamiento para todos nosotros. Pero la esperanza de los pobres y una Iglesia que suscita su esperanza son también una buena noticia para todos nosotros. Y eso, en medio de las angustias del mundo actual, es lo que manifiesta la verdad del evangelio, al cual sólo hay que dejarle ser lo que es, "buena noticia para los pobres", para que muestre su fuerza.

